

la citan con el respeto que se merecen los libros canónicos.

110. Sucedió lo mismo con la epístola de San Judas, hermano de Santiago, que dirigió á todos los fieles, escrita algun tiempo despues (*) contra los mismos errores, y contra los perversos dogmas de los Nicolaitas, Simonianos, y Gnósticos, los cuales hacian consistir todo el mérito del hombre en una fe muerta é infructuosa. Algunos antiguos dudaron en verdad de ella, porque cita el libro de Henóc; sin notar que á mas de los escritos que atribuían falsamente á este Profeta, podia haber otros que realmente fuesen suyos; é infiere San Agustin de esta cita del Apóstol, que no hay duda que Henóc compuso por inspiracion divina un libro que no ha llegado á nuestros tiempos. Fueron pues generalmente reconocidas por canónicas antes de finar el siglo cuarto, tanto la epístola de San Judas como la de su hermano el Apóstol Santiago.

111. Tenian otro hermano estos dos Apóstoles llamado Simeon, muy parecido á ellos en su virtud; por lo que despues de la muerte de Santiago fue nombrado en su lugar Obispo de Jerusalem, por voto unánime de los Apóstoles y discípulos que entonces pudieron reunirse. Triunfó la constante paciencia de aquellos Cristianos piadosos de la violenta perfidia de los Fariséos y Saducéos, que no pudieron evitar que

(*) No se sabe con toda certeza su data; pero no se puede dudar que fue escrita despues de la segunda de San Pedro, y por esto no antes del año 66.

el ministerio Episcopal se perpetuase en su misma capital.

112. No solo conservaba por otra parte su autoridad y crédito con los Judíos de Roma el Apóstol de las naciones, sino que tambien la fama de su nombre llegó hasta la corte misma de Nerón, y formó verdaderos fieles entre los cortesanos del mas vicioso de los Césares. Considerada con fe viva su calidad de prisionero, inspirábales respeto, docilidad y espíritu caritativo. Esto es lo que refiere San Pablo en su carta á los Cristianos Filipenses en Macedonia, que le tenían dadas las mayores pruebas de amor; pues luego que supieron que se hallaba en las prisiones de Roma, le enviaron por mano de Epafródito su Obispo, socorros dignos de su generosidad. Mas habiendo caido gravemente enfermo Epafródito en Roma, y puesto en zozobra á su grey con esta novedad, le ordenó el Apóstol restituirse luego que recobró su salud, dándole para los de Filipos una carta.

113. Dirigió esta carta á los fieles, á los Sacerdotes y á los Diáconos, así de su parte como de la de su discípulo Timoteo que le acompañaba en Roma (*). Despues de darles noticia de los progresos que hacia el Cristianismo en la ciudad, y aun en el mismo palacio Imperial, les amonesta que se guarden de la seducción de los falsos apóstoles, enemigos de la Cruz de Jesucristo. Así llama á los Judíos obstinados, y á los Hereges como Simon Mago, y acaso al apóstata

(*) Fue escrita segun opinion comun el año 62 de Jesucristo, y el 8 del Imperio de Nerón.

Cerinto, que enseñaban, que Cristo habia sido crucificado aparentemente; por lo que en esta elocuente carta sube de punto la magestad con que ensalza el misterio de la cruz. Da de nuevo en el fin gracias á los Filipenses por sus piadosas limosnas, pero con aquella noble elevacion de un alma que solo tiene en mucho el beneficio por el provecho espiritual que recibe el bienhechor. Era en el Apóstol una espresion sencilla y cordial á vista de su total desapego de todas las cosas, y de que como dice el mismo llevaba con igual ánimo la escasez que la abundancia, la penuria que la comodidad. Se menciona por primera vez en esta carta á los de Filipos la virtud de San Clemente, su adhesion á la persona y doctrina del Apóstol, y todas las grandes cualidades que en lo sucesivo elevaron á la Silla Apostólica á este discípulo insigne.

114. La conversion de Onésimo fue una de las mas brillantes acciones de San Pablo en su cautiverio, el que llegó á ser uno de los mas dignos siervos de Jesucristo, de esclavo fugitivo y ladron. Un ciudadano de Colosas en Frigia, era su amo, el que se llamaba Filemón, Cristiano distinguido que habia hecho de su casa un templo, y el que pasado poco tiempo y en el mismo reinado de Nerón, coronó su piadosa caridad con el martirio. Sirvióse útilmente San Pablo en su cautividad de este esclavo arrepentido, cuyos talentos eran muy superiores á su estraccion, y despues le envió en compañía de Tiquico, mediador hábil y de confianza, á quien dió una carta para el

dueño de Onésimo, y otra para la Iglesia de Colosas.

115. Está escrita la carta á Filemón, aunque succincta, con aquella elocuencia que solo nace del corazón, y no es extraño que produjese todo su efecto. El amo no solo perdonó al esclavo, sino que tambien le envió libre al Santo Apóstol, quien cultivó con el mayor cuidado sus buenas disposiciones, y logró que llegase á ser uno de los mas distinguidos predicadores del Evangelio.

116. Instruyóles con tanta entereza como dignidad sobre las grandezas de Jesucristo en la epístola á los Colosenses (*); pues en Colosas se hallaban algunos doctores falsos que rendian homenaje supersticioso á los ángeles, haciéndolos mediadores nuestros con Dios, en desdoro del Redentor. Eran discípulos, segun parece, estos infestadores de la doctrina del Evangelio de Simon Mago, ó díganse filósofos Cristianos que seguian los sueños de Platón, mezclándolos con nuestros misterios. Por esto el Apóstol se empeña en inspirar á sus lectores el espíritu de la verdadera piedad, que tanto dista de un miedo bajo y vil, y de una observancia infructuosa. Les da en el capítulo tercero un escelente epítome de la vida cristiana, y tributa los mayores elogios á su Obispo Epafras que se hallaba preso con él en Roma, sin que sepamos el motivo de tal detencion. No podia menos de aumentar el afecto de Epafras por la Iglesia de Colosas, y por las de Jerápolis y Laodicea, capital de la pro-

(*) Escribió San Pablo estas dos cartas durante su prision; esto es hácia el año 62.

vincia, el amor y aprecio que San Pablo hacia de él, siendo el primero que predicara el Evangelio á los Colosenses sus compatriotas, y verosímilmente á los de Jerápolis y Laodicea, que estaban muy cercanos á Colosas. Juan Marcós, aquel pariente de San Bernabé, de quien San Pablo estuvo poco satisfecho en los principios, se halla entre los discípulos que menciona el Apóstol en esta carta; mas este jóven adquirió con el tiempo el espíritu de sus insignes maestros, y se dedicó con tanto esfuerzo y constancia al ministerio Evangélico, que le vemos ahora entre los tres principales cooperarios del Apóstol de las gentes.

117. Es muy probable tambien que la carta á los Efesios se escribió desde Roma en esta misma época, y fue remitida igualmente por mano del discípulo Tiquico, que pasaria por Éfeso que era el camino ordinario para ir á Colosas. Tiquico no iba como á simple comisionado, sino mas bien como á encargado del Apóstol para visitar y examinar el estado de las Iglesias, y aun de resolver interinamente en las cosas que no admitiesen dilacion. Tal es la antigüedad del derecho y costumbre de las visitas Episcopales hechas por delegados. Las lecciones que da el Apóstol á las dos Iglesias de Éfeso y Colosas son uniformes en la sustancia, como que estaban muy cercanas y se hallaban en igual disposicion. Comprende sin embargo un punto muy interesante la carta á los Efesios que no se lee en la otra, y es el del matrimonio erigido en sacramento. Dice aquí el sagrado

escritor cuanto hay de mas noble y espresivo en favor de los enlaces de la Ley nueva, comparándolos á la union de Jesucristo con su Iglesia.

118. Á fin de fortalecer tambien á los Hebreos convertidos residentes en Palestina contra los engaños y vejaciones de los demás Judíos, escribióles el Apóstol desde Roma su carta. La caridad de San Pablo que no tenia límites, abraza á todos los pueblos, aunque su mision se dirigia en especial á los Gentes. Esforzóse á purificar la fe de los Cristianos circuncisos, como tambien á persuadirles que toda la Ley de Moisés solo fue una figura cuya realidad estaba en el Cristianismo. Se estiende especialmente en esta carta, como en la que dirigió á los Gálatas, en probar que la verdadera justicia no viene de la ley; mas á los fieles de Galacia les muestra la inutilidad de las ceremonias y de la circuncision, y á los Hebreos la de los antiguos sacrificios figurados. Establece para esto la virtud sobreabundante del inefable sacrificio del Verbo Encarnado, y elevada superioridad de su Sacerdocio, que destruía el de Aaron y sus multiplicados sacrificios. El Apóstol se manifiesta en toda esta carta inflamado de un celo ardiente, y de una extraordinaria pasión por la gloria del Redentor y de su gracia; y no quiso poner su nombre al principio, como en todas las demás cartas, para no retraer de su lectura á muchos Israelitas, que aunque convertidos, tenian aversion á su persona. En el estilo se nota tambien variedad, aunque no en la fuerza y nobleza de los pensamientos. Se persuadieron algunos

antiguos que el Apóstol no habia compuesto por sí mismo ni dictado palabra por palabra la carta á los Hebreos, sino que habiéndola escrito por su orden uno de sus discípulos, la examinó y adoptó; y otros opinan que la compuso en Siriaco, y que un discípulo la vertió y publicó en Griego (*). Pretenden tambien algunos que el estilo de las actas de los Apóstoles y el de esta carta son muy parecidos; mas no sabemos si el original se escribió en lengua Griega ó Hebrea.

119. Permaneció San Lucas poco tiempo con su maestro despues de publicada esta obra, aunque volvieron á reunirse mas adelante; y este es el motivo porque la historia de las actas no llega al tiempo en que San Pablo logró su libertad, al cabo de dos años de prision en Roma; ni existe monumento alguno que nos diga con seguridad como sucedió esto, ni que hizo el Apóstol despues que quedó libre. Habia concebido el designio de pasar á España, como lo dice

(*) Por mucho tiempo se ha disputado sobre el verdadero autor de esta carta, y tambien si debía ó no ser anumerada entre los libros sagrados. Sin embargo, y aunque no fue admitida desde el principio por todas las Iglesias en el cánón de las divinas Escrituras, ni reconocido Pablo universalmente por su autor, los mas célebres Padres Griegos y Latinos la tuvieron por obra del Apóstol, y divinamente inspirada, y no dudaron en citar su autoridad contra los Hereges de todos tiempos, por mas que estos la desechaban por apócrifa, como á que proscribía abiertamente la mayor parte de sus errores. Fue escrita el año 62, en la lengua que hablaban los Hebreos en Palestina; y traducida al Griego por San Lucas, segun Clemente Alejandrino, ó por San Clemente Romano, segun otros Padres.

en la carta á los Romanos escrita cinco años antes; pero en las cartas que escribió despues en Roma, solo manifiesta un vivo deseo de visitar á los fieles de Levante, sin decir nada acerca de seguir sus viages al Occidente; y es factible que enviase á estas regiones á algunos de sus mas aventajados discípulos, esto es, á Trofimo á los pueblos de Arles en los Galias, á Crescencio á los de Viena y á Sergio Paulo á Narbona.

120. Aunque la historia individual de los trabajos y acciones de estos fundadores de nuestras primitivas Iglesias no sea tan evidente cual se deseara, á lo menos la realidad de su mision está apoyada en sólidas pruebas; y en general podemos afirmar que el Evangelio se introdujo en las Galias en tiempo de los Apóstoles, y que se esparció con mucha rapidéz antes del establecimiento formal de algunas Iglesias de las que tenemos historias dignas de todo asenso.

121. Mas sea de esto lo que fuere (*), quien lea con reflexion los escritos apostólicos no podrá poner

(*) Entre los muchos y penosos viages que emprendieron los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo para estender en el mundo la luz de la fe, y el conocimiento de Jesucristo, debemos enumerar el que cada uno de ellos separadamente, y en diferentes tiempos hizo á nuestra España. Esta gran nacion, que formaba entonces la provincia mas floreciente del Imperio Romano por sus riquezas, y por los muchos hombres eminentes que contaba entre sus hijos, era digna de atraer la atencion y el celo de los primeros discípulos del Redentor. La memoria de su venida y predicacion en algunas de las ciudades de la Península se conserva en nuestra santa Iglesia como otro de los timbres que mas la adornan; y aunque no tenga esta tradicion en todas sus partes aquel grado de probabilidad y certeza que se requiere

en duda, que el Doctor de las naciones despues de su viage de Roma, tornó al Asia y aun á Judea. Principió pues por cumplir la promesa que hizo á los Hebreos de pasar á visitarlos, y desde allí recor-

para la verdad de la historia, sin embargo no carece de fundamentos sólidos, y tales que podamos con ellos contrarestar y desvanecer los argumentos que se le oponen.

Y en cuanto al Príncipe de los Apóstoles, Metafraste, autor Griego, citado por Surio, hablando de su peregrinacion á Roma, dice: *desde Roma pasó á Tarracina, y habiendo ordenado allí Obispo á Epafrodito, vino á Sirmio ciudad de España, donde consagró á Epeneto, y de allí pasó á Cartago de África.* (Surio tom. 3. dia 29 de Junio). El autor de las antigüedades eclesiásticas de España, Bivar, Tamayo y otros afirman que en el testo griego se lee Tarragona en vez de Tarracina. Por lo tocante á Sirmio, no se puede dudar que hubo una ciudad llamada Sermio, situada en la costa que hoy es reino de Granada; segun es de ver en las tablas de la antigua Bética, formadas por Tolomeo; y nada mas fácil en una traduccion ó copia que poner equivocadamente el nombre de Sirmio por Sermio.

El Cardenal Baronio duda sobre la autoridad del autor Griego, porque San Inocencio y San Agapito Papas anteriores á Metafraste, suponen que el Santo Apóstol no fundó por sí mismo, sino por medio de sus discípulos las Iglesias de Italia, España, África y Sicilia; pero á mas de que no se opone á nuestra opinion, el que Pedro enviase Obispos á España antes ó despues de haber venido él mismo (como con efecto los envió), podríamos preguntar al Emmo. Padre de los anales eclesiásticos ¿por qué apoyado en las palabras de Metafraste infiere que pasó á predicar la fe á los Britanos, hoy Ingleses? Sin duda merece mas crédito lo que determinadamente afirma un autor, que lo que tan solo se infiere de sus palabras. Sin embargo si fuera este el único fundamento de nuestra opinion, pudiera parecer muy débil; no así cuando la vemos apoyada en la constante tradicion de nuestras Iglesias, y en las muchas controversias á que ella dió ocasion, en las que los Metropolitanos de Tarragona, Toledo y

rió las Iglesias de Antioquia de Pisidia, Iconio, Lистра, Éfeso, Mileto, Troade, Filipos y Nicópolis. Penetró tambien en paises que le eran absolutamente desconocidos, fundó nuevas Iglesias, y padeció

otros disputaron el origen y primacia de sus Sillas. Véase el Maestro Florez en su España sagrada tom. 3.

Mas numerosas son y tambien mas positivas las pruebas que tenemos sobre la venida y predicacion de San Pablo. Él mismo en su carta á los Romanos (cap. 15 v. 24 y 28) dice: *cuando emprenderé mi viage para España, espero al pasar visitaros, y ser encaminado por vosotros á aquella tierra.... Cumplido este encargo dirigiré por ahí mi camino á España.* San Gelasio Papa y Santo Tomás aunque no niegan absolutamente la venida de San Pablo, suponen que no vino en el tiempo en que lo prometiera, y la autoridad de estos dos Padres ha sido sin duda el fundamento en que se han apoyado los escritores modernos para negar totalmente que hubiese venido. Empero ni San Gelasio ni Santo Tomás pueden autorizar una opinion que no enseñaron en sus escritos, y que es contraria á la de muchos santos Padres y escritores católicos. San Clemente Papa, discípulo del Apóstol, en su carta á los fieles de Corinto, San Atanasio en su carta á Draconcio, San Cirilo de Jerusalem Catech. 17, San Epifanio hæres. 27, San Juan Crisóstomo en el prefacio á la carta de San Pablo á los Hebreos, el Ven. Beda al cap. 28 de los hechos Apostólicos, Teodoreto sobre el cap. 1 de la epístola á los Filipenses, San Gerónimo sobre el cap. 5 de Amós, San Gregorio el Grande libro 31 Moral. cap. 22; todos estos Padres y otros muchos dicen espresamente, que San Pablo pasó á España, y difundió en ella la luz del Evangelio. Lo mismo afirman Natal Alejandro, Baronio, Fleuri, Calmet, el Cardenal Gotti, y cuantos historiadores han seguido la verdad en este punto; por manera que seria ageno de toda razon el dudar de un hecho tan generalmente atestiguado.

A estos testimonios dignos de toda fe podríamos añadir los muchos y de gran peso que se hallan en las obras de los Padres y demás escritores Españoles, el antiguo Breviario y Mar-

nuevamente persecuciones, violencias, asechanzas, y todo género de penalidades; debilitándose estremadamente su salud, y cayendo en una especie de decrepitud causada mas por el exceso de sus fatigas,

tirologio, los monumentos y fiestas de algunas Iglesias particulares, y mil mas que prueban hasta la evidencia, y hacen innegable esta verdad. Sobre el tiempo de la venida del Apóstol aunque no están acordes todos los autores parece que debe fijarse en la época en que libre de su primera prision pasó de Roma á Jerusalem, por los años 62 y 63 de Jesucristo. Las memorias de España convencen tambien que recorrió la mayor parte de sus provincias, é instituyó en ellas algunos Obispos, entre los cuales se cuenta San Rufo de Tortosa.

Pero los mas célebres entre los Obispos de España consagrados por los Apóstoles fueron aquellos siete primeros discipulos de Santiago, que despues de haber dado gloriosa sepultura á su Santo Maestro pasaron desde Galicia á Roma, donde fueron confirmados en la fe por el mismo Vicario de Jesucristo, y promovidos al supremo grado del Sacerdocio. Su mision y tareas apostólicas son incontestables. El tiempo en que fueron enviados á España desde Roma fue, segun la opinion mas comun, hácia el año 63 de la Era vulgar. Recibieron tambien de San Pedro y llevaron á España el orden de los divinos officios, ó sea la sagrada Liturgia conforme en todo á la que dió el Supremo Pastor á la Iglesia de Roma. Este oficio entonces muy corto se fue despues aumentando por los santos Obispos y sus sucesores hasta San Leandro y San Isidoro, que le dieron la última perfeccion; y es el mismo que en los tiempos posteriores fue llamado Mozárabe. Véase el Card. Bona lib. 1. cap. 40. rerum Liturgicar. y el Mtro. Florez tom. 3. disert. histórico-cronológica.

Los siete varones apostólicos establecieron y consagraron con su predicacion y con su sangre otras tantas Iglesias. San Torcuato fundó la de *Acci*, hoy Guadix; Indalecio la de *Urci*, Baza, ó Almería; Ctesifonte la de *Vergi*, Berja en las Alpujarras; Eufrasio la de *Iliturgi*, Andújar, en cuya catedralidad sucedió Baeza; Cecilio la de *Iliberi*, Granada; Esiquio la de *Carteya*,

que por la edad, pues apenas rayaba á los setenta años. Dice San Atanasio que el Apóstol supo por una revelacion positiva, que sufriria el martirio luego que volviese á Roma; y que en vez de amedrentarle este aviso, se apresuró aquella grande alma á regresar á la nueva Babilonia, que habia de bañarse pronto con la sangre de los Santos. En Roma entonces se encontró con el Príncipe de los Apóstoles, el que no residia allí continuamente aun despues que sentó la Cátedra Apostólica en la capital del mundo.

La solicitud de todas las Iglesias en estos primeros tiempos en que su régimen no podia ser tan estable como lo veremos luego, hacia necesaria en muchas partes la presencia del Vicario de Cristo. Y así es evidente que despues que San Pedro trasladó á Roma la santa Sede, hizo diversos viages al Oriente y aun hasta la Palestina. Nos consta por los libros sagrados que concurrió al Concilio de Jerusalem posterior á esta traslacion, y tambien aseguran algunos antiguos

Cazorla, ó Tarifa, ó Almería; y Segundo la de *Abula* hoy Ávila. Á mas de estas Sillas Episcopales se cuentan por de igual antigüedad las de Toledo, Astorga, Sevilla, Braga, Écija, Zaragoza, Pamplona y otras; lo cual nos hace admirar el beneficio incomparable de la Providencia del Señor, que introdujo en España por todas partes, y tan abundantemente la luz de la verdadera Religion; beneficio tanto mayor quanto mas antigua es la época en que se verificó, pues considerada atentamente, se deja ver, que no hay pueblo en la Europa, esceptuando el de Roma, que pueda competir con la nacion Española en la antigüedad del Cristianismo.

que pasó á Judea para elegir y ordenar á San Simeon Obispo de Jerusalem, despues del martirio de Santiago. Tuvo revelacion al tiempo de restituirse á Roma, de que en breve sufriria la muerte, del modo que el Señor se lo anunció antes de subirse á los cielos.

122. Para transmitir por escrito á la porcion de los fieles mas difícil de gobernar el epítome de las lecciones que habian aprendido de su boca con sumision, aprovechóse del poco tiempo que le quedaba de vida. Este es el fin de la segunda carta del Príncipe de los Apóstoles, dirigida como la primera á los Cristianos de la circuncision que estaban dispersos en el Asia, en el Ponto, en Capadocia y en las provincias contiguas (*). Se esfuerza con especialidad en confirmar en esta carta en la fe á los Israelitas convertidos, haciéndoles presente que muchos de ellos sabian por vista de ojos los milagros y el triunfo glorioso del Señor. Les amonesta, se precavan de las falsas doctrinas que empezaban á divulgarse, y que preveía iban á tomar un curso mas rápido, luego que los seductores se viesen libres de la presencia imponente de los Apóstoles; elogia las

(*) No hay dudar que San Pedro escribió su primera carta á los Judíos residentes fuera de su patria. Pero no se puede decir lo mismo de esta segunda. En el principio de ella dice el Apóstol: «á los que han alcanzado igual fe con nosotros por la justicia del Dios y Salvador nuestro Jesucristo.» Luego no á los fieles de la circuncision solamente, sino á todos los Cristianos dirigió el Padre comun esta su carta, que es como su testamento escrito en el último año de su vida.

cartas de San Pablo, y previene que en ellas hay pasages oscuros y difíciles, de los que hacian un abuso criminal los ignorantes para su mal de ellos. Se ha querido dudar que esta carta sea de San Pedro, porque el estilo parece distinto del de la primera; pero aun suponiendo esta variedad de estilo, que la mayor parte de los críticos no advierte, ¿no podria esta provenir de que Marcos, intérprete ordinario del Príncipe de los Apóstoles, no se hallase á la sazón en su compañía? Así pues, esta débil sospecha no ha alterado el respeto de la Iglesia á un escrito digno en verdad de su autor, y colocado con la distinción que le es debida en el cánón de las divinas escrituras.

123. Algunas profecías que dió á luz de acuerdo con San Pablo poco antes del martirio que sufrieron juntos, se atribuyen tambien á San Pedro. Predijeron estos dos Apóstoles instruidos por el mismo Jesucristo (1), que los Judíos iban á ser castigados por su ceguedad voluntaria; que Dios les preparaba un Soberano que los subyugaria á fuerza de armas, y dejaria la ciudad sepultada entre ruinas, reduciéndolos á tal estremidad, que se comerian los unos á los otros; que los que sobreviviesen serian empleados en los mismos usos que las bestias de carga; que sufririan el dolor de ver despedazados á sus tiernos hijos y prostituidas públicamente sus mugeres; y por fin que todo su pais seria talado á sangre y fuego. Quedaron estas terribles predicciones escritas en Roma, y

(1) *Lactancio lib. 4. Divinar. Institut.*